

R 151630

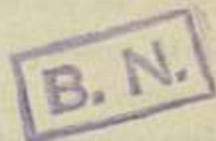
WU CH'ENG-EN

MONO

Traducción de

LUIS Mz. ELEN

Profesor de la Universidad de Santa Clara (EE. UU.)



EDITORIAL CERVANTES

Avenida del Generalísimo Franco, 382

BARCELONA

INTRODUCCIÓN

Si fuera posible resumir en una sola idea el concepto occidental, o mejor, latino, de la obra que hoy presentamos, tendríamos que decir: He aquí la Divina Comedia de la literatura china. Naturalmente, una divina comedia originalísima y llena de sorprendentes y extrañas situaciones, pero que por eso mismo se corresponderían, más fielmente que en la inmortal obra dantesca, título y argumento.

Ésta sí que es realmente una comedia divina. Tan divina que por todas partes nos aparecen dioses y tan comedia que asume en su alegoría la representación de toda la humanidad. Obra, en fin, que estudiada a fondo tal vez pudiera mostrar cómo las obras geniales alcanzan tal universalidad, incluso en la extensión, que son capaces de abarcar en un abrazo el espacio infinito que en el siglo XVI separaba Florencia de China.

Próxima a agostarse la dinastía Ming — corrían los años de 1505 a 1580, — y cuando los primeros navíos occidentales, los portugueses, habían arribado ya a las costas chinas, nuestro autor, Wu Ch'eng-en florece en Huai-an, en el Kiangsu. Publicó, en una antología poética de su tiempo, algunos versos que le proporcionaron fama como poeta, y nada más sabemos de él, pues ya es mucho saber eso de un chino.

Pero sí sabemos de su obra, a la que dió el bonito nombre

de HSIYUCHI, con que se la conoce en todas las literaturas chinas. Basada en una leyenda del siglo X sobre la peregrinación a la India, que en el siglo VII hizo un personaje histórico, Hsüan Tsang, e incorporada al teatro chino y frecuentemente representada con gran éxito a partir del siglo XIII, alcanza esta leyenda su exposición más perfecta con nuestra "novela sobrenatural", uno de los ocho graciosos apartados de la literatura china, y del cual es la indiscutida obra maestra.

El libro original tiene una extensión desmesurada, y de ahí que generalmente se edite en forma abreviada. Estos compendios por lo común conservan todos los episodios del original, pero extraordinariamente recortados y omitiendo el diálogo. Nosotros hemos creído se salvan mejor la pureza literaria y el interés del lector pasando por alto algunos episodios y dando los demás en toda su extensión original. El lector dirá si es acertado este criterio, con nuestra leal advertencia de que los versos, cuya traducción libre está patente, han sido bastante abreviados dado su difícil traducción.

Cuatro son nuestros protagonistas. Y cada uno de ellos personifica o simboliza caracteres humanos universales. Tripitaka, que es el Hsüan Tsang de la Historia, es el prototipo humano a fuerza de vulgaridad, sencillez y rectitud.

Pero el personaje más encantador y popular, cuyas bazañas nos apasionan desde la primera página del libro, es Sun, el Mono. Eternamente inquieto y aventurero empedernido — aun después de su divinización — a través de sus bazañas maravillosas y dentro la más descabellada fantasía, encarna la vigorosa y audaz personalidad de otro tipo humano universal: el genio.

Chu, el Cerdo, es también uno de los infinitos dioscecillos de la complicada teogonía chinesca. Y en él vemos encarnados

todos los apetitos animales de la humanidad, que si bien revisten una aparente robustez, ésta es sólo física y en detrimento siempre del vigor espiritual.

Queda por fin el último personaje, Arenas, que es realmente misterioso e indefinito y al que los comentaristas chinos quieren identificar con el "ch'eng", la sinceridad. Queda bastante desfigurado este personaje en toda la obra, demostrando así con "sinceridad" que fué un personaje introducido en ella después de su redacción, aunque, desde luego, pertenece al ciclo legendario de Hsüan Tsang.

El ambiente de "MONO" es otra de las maravillas que nuestra mente occidental no puede ni soñar, aun después de leer al dulce Lotí, o admirar la más audaz de las narraciones de "las Mil y una noches", verdadero prototipo, por todos conocido, de los anchos vuelos de la imaginación oriental.

Es tan desconcertante la belleza de muchas de las alegorías, que llega ya a parecernos natural lo más absurdo.

La profunda y al mismo tiempo ingenua y sencillísima poesía de las teogonías orientales cobra aquí singular vida, y nos presenta repetidamente la profunda unidad que enlaza a todas las religiones con la única y verdadera Revelación.

Y así vemos a Mono, proclamarse "El Gran Sabio Igual a los Cielos", y las batallas que los fieles al Emperador de Jade (el dios supremo) entablan para vencerle. Conocemos la tradición del Diluvio y veremos a Mono comerse los melocotones del Sagrado Jardín Imperial, inicio de una serie de pecados que le valen el castigo por generaciones de generaciones. Y hasta Tripitaka, peregrino y dador de las escrituras y la ley, tiene que ser abandonado en el río, salvado de sus aguas y rebautizado con el nombre de Flota-Río, para seguir así la tradición

del gran libertador del pueblo hebreo y el primero de nuestros patriarcas.

Claro que eso son pequeños episodios dentro del grandioso marco de las innumerables aventuras que nuestros protagonistas tienen que sufrir y que dan lugar repetidamente a grandes batallas con armas y procedimientos sobrenaturales o mágicos que provocan en nosotros la más graciosa comicidad.

Tenemos por ejemplo a Mono, armado de una varita-maza que podía alargarse cuanto él quisiera y con ella vencer a los mismos espíritus celestiales; que además tiene el poder de arrancarse pelos de las piernas y transformarlos a su placer, ya sea en un estuche de laca o en un regimiento de monitos.

Y hasta él mismo, e igualmente sus compañeros si bien con menos perfección, podía transformarse en imagen exacta de lo que quisiera, y así tan pronto le vemos convertido en pequeño piojo como en descomunal gigante de cien brazos.

Otro de los grandes resortes que continuamente mueve Wu Ch'eng-en y que dan mayor vivacidad al libro es la transigración de las almas, que vienen a ser originalísimas resurrecciones y dan lugar a situaciones que van desde la mayor grandiosidad a la hilaridad más estrepitosa.

En resumen, una gran obra que honra nuestra segunda serie de los Principes de la Literatura con la alta belleza de su poética expresión, y un libro capaz de apasionar a todos los públicos y que encantará tanto al admirador de los héroes de Walt Disney o de las novelas de aventuras, como al estudioso y erudito.

LOS EDITORES